

EL MEDIANO

Me llamo Pedro y no soy ni mayor ni pequeño: soy mediano. Jaime es mi hermano mayor y mide dos palmos más que yo. Él tiene una bicicleta nueva, puede salir solo a la calle y el abuelo siempre le mete un euro en el bolsillo. Martín es mi hermano pequeño: se pasa el día llorando y tirando de los pelos, y cuando habla, aunque no se le entiende nada de nada, todos dicen: ¡oooh! En cambio, cuando yo hablo mal me riñen y la única bici que tengo es la bici vieja de mi hermano. Papá dice que soy demasiado pequeño para ir solo a ninguna parte, mamá dice que soy demasiado mayor para llorar y el abuelo, en vez de un euro, me mete un caramelo en el bolsillo. ¡Yo también quiero un euro! ¡Estoy harto de ser el mediano!

He decidido crecer más rápido. Nadie va a pararme y creceré tanto como Jaime. Por eso, cada mañana me cuelgo de la barra del armario para que se me alargue el cuerpo, desayuno dos veces, me como tres bocadillos para merendar y me zampo todo lo que encuentro. Ahora, me duele la tripa y mamá no me deja ir al cole.

—¡Mamá, tengo que ir! ¡Debo aprender! ¡Tengo que hacerme mayor!

Mamá ha dicho que tengo fiebre y me ha metido en la cama. He estado todo el día en casa con mi hermano pequeño. ¡Él sí que vive bien! Solo duerme, juega y come.

He decidido que quizás es mejor ser pequeño como Martín. Por eso, cuando mamá ha traído la cena, he sacudido la cuchara y he salpicado a toda la familia con puré de calabacín, como hace Martín.

Ahora ceno solo en la cocina, porque papá y mamá están muy enfadados.

—¡Hasta que no te acabes la fruta, no saldrás de la cocina! —ha dicho papá.

Como están tan enfadados, me lo he comido todo y he lavado el plato. Luego, con el plato limpio, he ido al comedor y lo he enseñado:

—¡Tachán!

Pero nadie me ha mirado. Mamá y Jaime hablaban, papá cambiaba los pañales a Martín y el abuelo miraba la tele.

—¡TACHÁN! —he dicho más fuerte.

—¡QUÍTATE DE EN MEDIO! —ha gritado el abuelo.

Me he echado a llorar y he salido corriendo hacia mi habitación. Al rato ha venido el abuelo, pero me he hecho el dormido. He decidido que no hablaré nunca más.

Es sábado y ya llevo dos días sin hablar. El abuelo acaba de llegar y parece muy contento. Nos ha sentado a los tres en el sofá, ha sacado un sobre de su bolsillo y ha dicho:

—A ver, Jaime, ¿cuántos años tienes?

—Doce.

—¡Uf! Son demasiados. A ver, ponte de pie. Mmm... eres demasiado alto, molestarías a los del asiento de atrás. No, no me sirves.

—Y tú, Pedro, ¿cuántos años tienes?

Yo he enseñado siete dedos.

—Siete años, mmm... eso está mejor. Pero, claro, como no hablas, pareces más pequeño. Y Martín, a ver... no, eres demasiado bajito. Necesito a alguien que no sea ni grande ni pequeño, ni alto ni bajo, para que me acompañe al cine, pero ya veo que tendré que ir solo...

Entonces, he pegado un salto y he gritado:

—¡Yo! ¡Abuelo, soy yo! ¡Yo soy MEDIANO!

Hemos ido al cine y el abuelo se ha quedado dormido. Claro, era una película para medianos y él no ha entendido nada.

Ahora, cada sábado el abuelo me lleva al cine. Jaime también quiere venir y yo, ya ves, dejo que nos acompañe porque, en el fondo, sé que me envidia por ser el mediano... Pero eso sí, la película la elijo siempre yo.

Núria Figueras. *El mediano*. Ed. La Galera.